

Para Ruth, mi madre

1

Marcelo, ¿estás listo?

Levanto el pulgar. Significa que estoy listo.

—Muy bien, voy a meterte.

Me desliza hasta el interior del túnel. Me gusta la sensación de estar encerrado. La luz no es lo bastante fuerte como para dañarme los ojos, pero los cierro de todos modos.

—No olvides levantar el dedo cuando empieces a oír la música mental. —El túnel tiene un altavoz. La voz del doctor Malone sale de ahí.

Espero la música. Siempre llega. La parte difícil es acordarme de levantar el dedo. Hay una cámara diminuta que permite al doctor Malone y a Toby verme desde la cabina de control que hay arriba.

—Marcelo, Marcelo. —Oigo la voz de Toby a lo lejos.

Toby me gusta. Es doctor en medicina, como el doctor Malone, pero no me deja que le llame doctor. Un día que le llamé doctor me corrigió y dijo: «Toby, por favor». Tiene la cara cubierta de pecas.

—¿Listo para eso que llaman real? —me pregunta mientras me saca del túnel.

—Sí —le digo. Toby llama «real» a la música que filtran en la máquina a través del altavoz. La música que suena dentro de mi cabeza no se considera real.

Toby sostiene en la mano una hoja con una lista de diferentes tipos de música real.

—¿Qué te parece si esta vez eliges algo de este lado?

—Vale —digo.

La música del otro lado de la hoja contiene canciones de rock. Es la música favorita de Toby. No reconozco ninguna de las canciones ni los compositores. Finalmente escojo la canción de un compositor llamado Santana porque el nombre me recuerda a Sandoval, mi apellido. Además, me gusta el título de la canción: «The Calling».

—Una delicia —dice Toby. Su sonrisa me indica que he elegido bien—. Santana y Clapton juntos. Una delicia.

«Una delicia», me digo. Anoto mentalmente esa expresión para utilizarla la próxima vez que me guste algo.

Toby regresa al rato con la lista. Tiene la frente arrugada.

—Tienes que escoger algo de este lado. El viejo opina que el rock estimularía en exceso tu materia gris. —Toby pone los ojos en blanco mientras se vuelve para mirar al doctor Malone, que está en la cabina jugueteando con los mandos. No comprendo el significado exacto de la expresión facial de Toby.

Enseguida escojo el «Largo» del *Concierto para piano número 3* de Beethoven. Me gusta su melodía sencilla. Además, sé que solo dura diez minutos.

Toby me introduce de nuevo en el túnel.

—¿Cómo es la música mental? —pregunta el doctor Malone cuando he salido del túnel.

Dejo de acordonarme las zapatillas deportivas para poder reflexionar sobre la pregunta. Pero es imposible expresar con palabras cómo es la música interna. (Cuando hablo de música, prefiero la palabra «interna» a la palabra «mental». El hecho de que la MI, como la llamo para abreviar, esté dentro de mi mente no significa necesariamente que la produzca mi mente.) ¿Cómo

es la MI? ¿Cuántas veces me ha hecho el doctor Malone esa pregunta y cuántas veces he sido incapaz de contestarla?

—Una delicia —digo—. Es una delicia. —Busco a Toby con la mirada pero está arriba, en la cabina de control.

—¿Te refieres a que suena agradable? ¿Los sonidos son agradables al oído?

—La música no se oye con los oídos. —Me doy cuenta de que «una delicia» no era la expresión adecuada. La música es agradable, desde luego, pero es mucho más que eso.

—Si no se oye, ¿entonces qué?

¿Cómo describirlo? Es como escuchar música muy alta con auriculares. Solo que la música parece venir del interior del cerebro. En realidad es una sensación fantástica.

—Simplemente está ahí —digo al doctor Malone. Entonces me asalta una imagen—. Es como una gran sandía.

—¿Cómo dices? —Una de las razones de que me guste trabajar con el doctor Malone es lo fácil que me resulta comprender sus expresiones faciales. La que acaba de hacer, por ejemplo, es un caso obvio de «desconcierto».

Amplío la imagen que me ha venido a la mente. Es la primera vez que hago esta conexión, por lo que no sé muy bien adónde me llevará.

—Cuando la música interna está ahí, Marcelo es una de las pepitas. La música es el resto de la sandía.

El doctor Malone frunce el ceño. Bueno, en realidad es un medio ceño con una media sonrisa, como si estuviera haciendo un esfuerzo por mantener la seriedad.

—¿Sabes que ahora mismo acabas de hacer hincapié exactamente en la palabra justa? Eso está bien. Hace un año no habrías podido hacer eso. Paterson te ha hecho bien.

Paterson. Miro mi reloj. Aurora me llevará en coche a Paterson después de la sesión con el doctor Malone para ver el potrillo que nació anoche. Harry (así llamamos al señor Killhearn, el director de las cuadras de Paterson) telefoneó esta mañana y

le dijo a Aurora que el potrillo había nacido a las tres menos veinticinco de la madrugada. Supliqué a Aurora que me llevara hoy, a pesar de que le tocaba trabajar todo el día en el hospital. Podría haber esperado dos días, hasta el lunes, que es cuando comienzo mi trabajo de verano cuidando los ponis, pero estoy impaciente. Había confiado en poder estar presente cuando el potrillo naciera, y las horas del día de hoy se me están haciendo largas como una semana.

Solo me queda media hora con el doctor Malone, me digo. Esta vez debo asegurarme de que la sesión no se alargue más de lo planeado, como ocurre a veces.

El doctor Malone está hablando de nuevo.

—Pero volvamos a la música. ¿Cuál es el contenido de la música mental? ¿Suena como la música corriente? ¿Tiene una melodía?

—Sí y no —digo. Detesto ser tan impreciso. La imprecisión, en este caso, es a lo más cerca que puedo llegar.

—Yaaa. —El doctor Malone sonríe—. ¿Qué parte es como la música corriente?

Cierro los ojos e imagino un chelo grande como el planeta Tierra y un arco largo como la Vía Láctea. El arco se desliza unas veces despacio y otras deprisa por las cuerdas del chelo.

Oigo al doctor Malone a lo lejos.

—La música tiene melodía, ritmo, compás. ¿Tiene alguno de esos componentes la música mental?

Estoy pensando en mi trabajo de este verano y que podré estar con los ponis todo el día. Me concentro de nuevo en el doctor Malone y sus preguntas. Me pagan por esto, me digo. He de poner todo de mi parte durante el proceso. Además, el doctor Malone me cae bien, y también Toby.

—No exactamente.

—¿Puedes tararearla?

—No.

—Entonces no es música.

—Son los sentimientos de la música sin el sonido. —Eso. Eso es todo lo preciso que puedo ser dentro del tipo de lenguaje que está buscando el doctor Malone.

—¿Qué clase de sentimientos?

Ignoro qué nombre poner a esos sentimientos. A veces la música es animada y rápida, así que la llamo «alegre». A veces es lenta y grave, así que la llamo «triste». Las más de las veces es solo increíblemente tranquila. Una delicia. Me gusta esa expresión.

—¡Marcelo, vuelve aquí! Casi hemos terminado. ¿Están siempre ahí, esos sentimientos de música sin sonido?

—Sí, cuando los busco. Cuando Marcelo los busca, siempre están.

—¿Cuando Marcelo los busca dónde?

—Aquí. —Me toco la parte de atrás de la cabeza, justo por encima de la nuca.

—¿Alguna vez vienen los sonidos cuando no quieres que vengan o se quedan cuando no quieres que se queden?

Lo medito. Lo cierto es que el tirón de la música está siempre ahí. Como hace un rato, cuando estaba intentado describirla al doctor Malone y quería sumergirme de nuevo en ella. Y también me cuesta salir cuando estoy ahí. Pero eso no se lo digo al doctor Malone. No sé si sabría encontrar las palabras justas para describir esos pensamientos. En lugar de eso, le digo:

—Si así fuera, significaría que Marcelo está loco, ¿verdad?

El doctor Malone ríe y asiente al mismo tiempo. Siempre está haciendo comprobaciones, dirigiendo su investigación pero vigilando al mismo tiempo mi salud mental. Pese a sus preguntas imposibles de contestar y su ridículo sentido del humor, no me importa venir a verle. Llevo haciéndolo una vez cada seis meses desde que tenía cinco años, lo que significa, si ahora tengo diecisiete, que he visto al doctor Malone veinticinco veces. Las visitas duran tres horas y cumplen tres funciones. En primer lugar, el doctor Malone comprueba si mi cerebro está física-

mente bien. En segundo lugar, reúne información que ayuda a otras personas que necesitan realmente ayuda. En tercer lugar, desde el año pasado, me pagan trescientos dólares por visita de acuerdo con lo estipulado en una beca que recibió el doctor Malone.

Echa a andar hacia la cabina de control y le sigo.

—¡Es increíble! —dice después de observar dos pantallas de ordenador—. Ven aquí, quiero enseñarte algo.

Me acerco hasta el lugar donde están el doctor Malone y Toby. El doctor Malone dice:

—Esta es una imagen de tu cerebro mientras escuchabas la música real y este es tu cerebro cuando escuchabas, o recordabas según tú, la música mental. ¿Lo ves?

Veo dos imágenes de mi cerebro. Las dos tienen manchas rojas y azules en lugares diferentes.

—Cuando escuchas la música real se activan ambos lados del lóbulo temporal. —El doctor Malone señala, en una de las imágenes, un manchurrón rojo en la parte frontal de mi cerebro—. Pero aquí, cuando escuchas la música mental, algo sucede en el hipotálamo, la parte más antigua del cerebro humano. Ya sabes, la parte que impulsaba a nuestros antepasados cavernícolas a luchar o huir.

—Todo el sistema límbico estalla como si fueran fuegos artificiales aquí —dice Toby, señalando la imagen de mi cerebro que escuchaba la MI.

El doctor Malone me mira fijamente.

—Es evidente que estás completamente absorto con algo pero no estás pensando. —Se vuelve hacia Toby y dice—: Toby, busca aquellas pruebas que hicieron con los gatos, ya sabes, cuando los escanearon mientras alguien balanceaba un cordel delante de ellos. Creo que también en esos casos el hipotálamo se veía afectado.

No puedo evitar sonreír para mis adentros. Me gusta saber que mi cerebro es como el de un gato. Me recuerda a algo que

mi tío Héctor me dijo una vez, cuando me estaba enseñando a levantar pesas. Me dijo que me concentrara en los músculos que estaba empleando como un león observa a un intruso que se acerca a su guarida.

Aurora me está esperando en la recepción. Paso por su lado sin detenerme con la esperanza de que no invierta tiempo en preguntar al doctor Malone sobre la sesión, como hace normalmente. Quiero llegar a Paterson lo antes posible. Harry no es un hombre paciente. Me prometió el trabajo de verano como mozo de cuadra al ver lo bien que se me daban los ponis cuando trabajaba con ellos después de clase. Pero había otros chicos en Paterson que querían el empleo porque es un trabajo de verano genial, realmente genial, y me inquieta no ser puntual.

Pero mi estrategia no funciona. Aurora espera al doctor Malone, que me sigue de cerca.

—¿Y bien? —dice Aurora, mirando al doctor Malone—. ¿Ha encontrado algo ahí dentro?

—Vacío, un completo vacío. —El doctor Malone alarga un brazo para acariciarme la coronilla pero se contiene, como si acabara de descubrir que ahora soy más alto que él.

—Su padre quiere enviarlo a un instituto corriente el año que viene —le dice Aurora.

Me acerco a ellos.

—Ni hablar —digo al instante.

—Ya conozco su opinión, caballero —me dice Aurora—. Ahora me gustaría conocer la opinión del doctor.

Veo al doctor Malone titubear. Sabe qué pienso de la idea de abandonar Paterson y asistir a un colegio corriente.

—Es indudable que está preparado. Podría haber ido a un colegio corriente desde el jardín de infancia. Naturalmente que puede hacerlo. —Luego me mira y dice—: Lo siento, colega.

Clavo los ojos en un punto del suelo mientras lucho por en-

contrar las palabras para explicar por qué no sería bueno para mí ir a un colegio corriente. Entonces oigo a Aurora decir, a modo de consuelo:

—Eso no significa que vayas a ir. Que estés preparado no significa que vayamos a enviarte. Primero hemos de hablarlo.

—Tengo diecisiete años —espeto.

—¿Y? —pregunta Aurora.

—Debería decidirlo Marcelo. —Hago acopio de valor y levanto los ojos para mirar primero a Aurora y luego al doctor Malone—. Deberíais permitirme terminar mi último año de instituto en Paterson, donde he estado siempre.

—Estooo... creo que me mantendré al margen de este asunto —dice el doctor Malone.

—¿Tiene Marcelo la misma edad de desarrollo que los demás chicos de diecisiete años? —Estoy mirando al doctor Malone.

El doctor Malone asiente. Eso significa que comprende el sentido de mi pregunta.

—¿Edad de desarrollo? ¿Qué significa eso? Cada persona es diferente. En algunos aspectos estás cincuenta años por delante de otros chicos de tu edad.

Aurora sonrío.

Al doctor Malone no le gusta dar respuestas fáciles a preguntas complejas simplemente para tranquilizar a la gente. Lo que yo quiero que diga es que, siendo como soy, estoy mejor en un lugar como Paterson.

—Puede que le convenga experimentar algo diferente —dice Aurora.

—Ya sabe lo que opino de eso —replica el doctor Malone—. Yo no creo en el sufrimiento. Si un niño se siente feliz, comprendido y valorado, florecerá a su propio ritmo. Paterson ha sido muy positivo para Marcelo. Solo tiene que ver los resultados.

«¡Síiii! Gracias, doctor Malone», me digo.

—Hum. —El ruidito sale de la boca de Aurora.

—¿Qué significa «hum»? —pregunto primero a Aurora y luego al doctor Malone.

El doctor Malone decide responder.

—Se lo has preguntado a la persona idónea. Nosotros, los médicos, lo sabemos todo sobre los «hum». Creo que en este caso, el «hum» de tu madre significa que piensa que hay algunas cosas que aún necesitas aprender y que tal vez, si dependiera de ti, elegirías no aprenderlas. ¿Me he explicado bien?

—Sí —responde Aurora.

—Hum. —Esta vez el ruidito sale de mi boca. No es mi intención ser gracioso.



2

Camino de Paterson pienso en los nueve ponis haflinger que cuidaré durante el verano. Los conozco a todos por su nombre, su edad y, en algunos casos, su fecha de nacimiento. Sé cuánto debo entrenarlos, cuánto alimentarlos, cuándo darles de beber. Sé por dónde les gusta más que les pase el cepillo. Como mozo de cuadra, me encargaré de su mantenimiento, lo que incluye tener la cuadra como a Harry le gusta, es decir, impecable. Siempre hay estudiantes potenciales que vienen con sus padres para ver los ponis, y Harry quiere asegurarse de que las cuadras y los ponis estén perfectos. Yo soy perfeccionista por naturaleza y, por tanto, la persona idónea para el trabajo.

Pero no solo me ocuparé del mantenimiento físico. Como mozo de cuadra, estaré a cargo del bienestar de los ponis. Yo decidiré cuándo un poni debe comer, beber y descansar. Los instructores y terapeutas me preguntarán qué poni le convendría más a un chico con una discapacidad concreta. En realidad todos los ponis están adiestrados para sentirse cómodos entre chicos con todo tipo de discapacidades. Chicos con problemas de vista u oído, chicos con autismo, parálisis cerebral, esclerosis múltiple, espina bífida, síndrome de Down, déficit de atención; no importa, los ponis siempre están tranquilos y serenos. El truco, como me señaló Harry, no está en elegir el poni que más cómodo se sentirá con el chico, sino el poni con el que el chico se sentirá más a gusto. Harry cree que tengo un talento especial para eso.

—Estás deseando empezar a trabajar como mozo de cuadra, ¿verdad? —oigo que me pregunta Aurora.

No es propio de Aurora hacerme preguntas innecesarias. Claro que estoy deseando empezar ese trabajo, como también estoy deseando empezar mi último año en Paterson. El trabajo de mozo de cuadra se alargará hasta el año que viene, con la diferencia de que el año que viene no solo me ocuparé del mantenimiento de los ponis y las cuadras, sino de su adiestramiento. Fritzzy podrá empezar a entrenar a principios de otoño. Es un proceso increíble: coger a los ponis y acostumbrarlos a todo lo que un chico discapacitado es capaz de hacer. Si están bien adiestrados, ningún ruido, molestia o incluso dolor les llevaría a hacer daño a un chico.

Por eso la posibilidad de estudiar en el instituto Oak Ridge High me inquieta tanto. No puedo permitir que eso ocurra. Hay que convencer a Arturo de que el mejor medio para que yo pueda ser como los demás es continuar en Paterson, donde puedo aprender a mi ritmo, donde estoy aprendiendo a tomar decisiones y a hacerme responsable e independiente, todas las cosas que él quiere que sea.

—Aurora conoce la respuesta a esa pregunta. ¿Por qué la hace? —Es probable que mis palabras suenen bruscas, pero con Aurora me siento cómodo y puedo hablar con naturalidad.

—Solo porque... —Hace una pausa. Una pausa en medio de una frase, he aprendido en mi clase de Interacciones Sociales de Paterson, puede significar que la persona que habla está a punto de decir algo que podría herir los sentimientos de la persona que escucha. Noto un chirrido en el pecho, una nota discordante, como cuando la cuerda de una guitarra se rompe en medio de una canción.

—Arturo. —Es mi intención construir una pregunta, pero no soy capaz.

Aurora no responde. No insisto. Estamos entrando en los terrenos de Paterson y siempre trato de no hablar cuando entra-

mos en Paterson. Vengo aquí desde primer grado y todavía experimento la sensación de que este, finalmente, es un lugar donde no tengo que apurarme.

A la izquierda, cuando te adentras en el largo camino, hay varios edificios de ladrillo de una planta que se tocan entre sí como un crucigrama a medio terminar. Unas aceras conectan los edificios y ya de lejos te das cuenta de lo fácil que sería para una persona en silla de ruedas o alguien que no puede ver pasar de un edificio a otro.

A la derecha, cuando entras, hay campos de juego de diferentes formas y tamaños. Grandes robles y olmos rodean estos campos, de manera que en verano puedes caminar por el borde sin abandonar nunca la sombra. Detrás de los campos de juego están las cuadras y las pistas de montar.

Aurora deja el coche en el parking más próximo a las cuadras y bajamos. Jane, una de las terapeutas, está en la pista ovalada paseando a Gambolino y a una niña que no reconozco.

La pista circular grande está vacía. Cuando la temporada de verano empiece dentro de unos días, las pistas se llenarán de instructores, terapeutas, niños y voluntarios. El día comenzará a las ocho y se alargará hasta las seis de la tarde. Diviso a Harry delante del establo, saludándonos con la mano.

—¡Venid, quiero enseñaros algo! —grita.

Echo a correr. Aurora acelera el paso. Ya sé qué es lo que quiere enseñarme, así que paso corriendo por su lado y entro en el establo. En uno de los compartimentos hay un poni recién nacido mamando de la teta de Frieda, su madre.

—Nació ayer en mitad de la noche. Ni siquiera tuve tiempo de llamar al veterinario. Salió con la misma facilidad que el sol por la mañana.

—Es precioso —dice Aurora.

Estoy atónito. He visto ponis haflinger recién nacidos otras veces, pero este es... una delicia. Más delicioso que una delicia.

—Anoche quería telefonearte para que pudieras estar aquí,

pero todo ocurrió muy de repente. A las once vine a ver a Frieda y estaba bien. Aunque respiraba trabajosamente, estaba seguro de que aún faltaba una semana o más para el parto, como había dicho el veterinario. Entonces, a medianoche, oigo unos ladridos. Era Romulus tratando de decirme algo. Y ahí estaba el pequeñajo con medio cuerpo fuera y la cabeza por delante.

Romulus es el pastor alemán que mi tío Héctor regaló a Paterson. Está sentado junto al compartimento de Frieda, custodiando a la criatura. Romulus y yo nos miramos hasta que me hace un guiño con los dos ojos.

—¿Le habéis puesto ya un nombre? —pregunta Aurora.

—Pues claro. Los chicos se lo pusieron en cuanto apareamos a Fred y Frieda. Siguiendo con la costumbre prusiana, se llamará Fritzzy. De haber sido chica, le habrían puesto Fredricka.

—Fritzzy —digo en voz alta.

—Yo habría preferido algo como Shanny, diminutivo de Shannon.

—Un buen nombre irlandés —dice Aurora.

—Pero los haflinger son originarios de Prusia —señalo—. Los amish los utilizan en Norteamérica.

—Y son caballos tan o más trabajadores que la mayoría. Pueden pasarse el día y parte de la noche arando la tierra. Son ideales para estos chicos, con esos anchos lomos que permiten mantener fácilmente el equilibrio y el centro próximo al suelo.

—¿Puedo sentarme un rato con Frieda? —pregunto.

—Naturalmente —responde rápidamente Harry—. Todavía está un poco delicada. Le hará bien tenerte a su lado.

Abro la puerta del compartimento, entro con sigilo y me siento cerca de donde yace Frieda con las rodillas dobladas. Fritzzy está buscando otra teta que succionar. Me siento lo bastante cerca de la cabeza de Frieda para poder acariciarla, pero no la acaricio. No es necesario acariciar a los animales a menos que te lo pidan a través de sus diferentes maneras de comunicarse: acercándose a ti, levantando la cabeza en tu dirección o por la

forma en que te miran. Cierro los ojos, cruzo los brazos y respiro el olor a heno y a Fritz. A lo lejos, oigo a Aurora preguntar a Harry si puede hablar con él unos minutos.

Durante el trayecto a casa presiento que algo desagradable está a punto de ocurrir y mi mente se esfuerza por dar con la causa de ese presentimiento. Aurora pregunta si estoy bien y espera a que responda, pero yo no hago caso de su pregunta y guardo silencio. Aurora no vuelve a preguntar. Sabe que si lo deseo, tarde o temprano hablaré.

Estamos a medio camino de casa y ya he identificado la sensación que me produce este extraño presentimiento. Es como cuando bajas a oscuras por una escalera y no sabes dónde está el último escalón. También he conseguido determinar la causa. Recuerdo a Aurora decir al doctor Malone que Arturo quiere que estudie mi último año en Oak Ridge High. Recuerdo la pausa de Aurora en mitad de la frase cuando estábamos hablando del trabajo en las cuerdas. Recuerdo a Aurora preguntar a Harry si puede hablar con él unos minutos. Reparo en muchos detalles de las cosas que suceden y recuerdo casi todo lo que he observado, aunque a veces parezca que no presto atención. Lo difícil es interpretar todos los detalles que se amontonan en mi cerebro. A veces, no obstante, lo consigo. Como ahora. Lo que deduzco de todo lo que he observado es que mis planes para el año que viene están a punto de cambiar.

Casi hemos llegado a casa cuando Aurora dice:

—¿Estás recordando?

«Recordar» es la palabra que Aurora y yo utilizamos para referirnos a esos momentos en que estoy escuchando la MI o recitando mentalmente un pasaje de uno de los muchos libros sagrados que me gusta leer. Cuando era niño y propenso a las rabietas, Aurora me pedía que fuera a un lugar tranquilo y recordara. Escuchar la MI o recitar las Escrituras me calmaba. Ahora soy yo

quien elige «recordar», independientemente de si estoy disgustado o no. El hecho de que haya preguntado si estoy recordando probablemente signifique que sabe que algo me preocupa.

Al rato le digo a Aurora:

—Padre se equivoca.

—Hacía mucho que no te oía referirte a tu padre como «padre». ¿En qué se equivoca tu padre?

—En lo de ir a Oak Ridge High el curso que viene. Sé que es eso lo que te resistes a decirme. El lugar de Marcelo está en Paterson. Allí aprenderé a ser independiente como desea Arturo. Es allí donde estoy aprendiendo a funcionar como Arturo quiere que funcione Marcelo.

—Tu padre quiere hablar contigo cuando llegemos a casa. Muéstrate receptivo a lo que tenga que decirte. Puede que tenga razón.

—Estoy receptivo. He pensado en ello más de lo que imaginas. Pero se equivoca al querer sacar a Marcelo de Paterson.

—Tu padre no estaba de acuerdo con que estudiaras en Paterson y llevas ahí desde primer grado. Se opuso a tus visitas con la rabina Heschel y sin embargo llevas cinco años viéndola cada dos semanas. Tampoco aprobaba tus sesiones con el doctor Malone. Ni que vivieras en la cabaña del árbol. Y pese a sus celos, te dejó hacer todas esas cosas.

—También se equivocaba en cuanto a lo beneficiosas que eran para Marcelo.

—Lo que intento decirte es que quizá te haya llegado el turno de confiar en sus métodos. Por lo menos, no te cierres en banda. Escúchale con confianza. ¿Confías en tu padre? ¿Confías en que quiere lo mejor para ti?

«Confiar» es una de esas palabras abstractas que me cuesta comprender. En este caso puedo sustituir la palabra «confiar» por la palabra «creer» y parece que funciona. ¿Creo que mi padre quiere lo mejor para mí?

—Sí —digo—. Pero, no obstante, se equivoca.

3

Bajo del coche y me dirijo a la puerta de atrás. Veo a Arturo en el jardín asando filetes en la parrilla. Espero poder entrar en casa sin que me vea. No estoy preparado para la conversación que sé que tendrá lugar y necesito más tiempo para prever sus preguntas y memorizar mis respuestas. Pero Aurora le grita desde la puerta de atrás:

—Perdona el retraso. Había mucho tráfico.

Arturo responde sin darse la vuelta.

—No vi nada cociéndose en la cocina, así que se me ocurrió asar unos filetes.

—Yo prepararé la ensalada —le dice Aurora, y entra en casa.

Me dispongo a entrar yo también cuando Arturo me dice:

—Marcelo, ¿podemos hablar?

Me acerco todo lo despacio que puedo. Arturo está pinchando la carne roja con un tenedor gigante.

—Todavía les falta —dice. Coloca la tapa negra sobre la parrilla y se sienta en una de las sillas de hierro blanco—. Siéntate un momento. —Me acerca una silla—. ¿Qué tal con el doctor Malone?

—Bien. —Continúo de pie. Estoy mirando la aguja roja del termómetro que va incorporado a la parrilla. Está sobrepasando los trescientos grados.

—Marcelo —le oigo decir. Tiene en la mano una copa de vino rojo rubí. Sé que a Arturo no le hacen gracia mis visitas al

despacho del doctor Malone. Cree que las pruebas implican que tengo algún problema, algo con lo que no está de acuerdo—. ¿Y qué te ha hecho el buen doctor esta vez?

—Escaneó el cerebro de Marcelo mientras escuchaba música.

—Prueba a decirlo otra vez.

—Me escaneó el cerebro mientras escuchaba música. —Me recuerdo que no debo hablar de mí en tercera persona. También debo acordarme de no llamarle Arturo.

—Gracias. ¿En serio? ¿Música real o esa música que solo oyes tú?

He aprendido que a Arturo le pone nervioso hablar de la MI. Intento cambiar de tema.

—Después de la visita al doctor Malone fuimos a ver el poni que acaba de nacer en Paterson.

—Eso es genial, pero no has contestado a mi pregunta.

Con Arturo nunca es posible cambiar de tema.

—Música real —respondo. No miento. La MI es tan real como cualquier otra.

—¿Cuánto tiempo durarán esas visitas?

—Duran más o menos una hora.

—No me refiero a eso. Me refiero a que cuánto tiempo más se alargarán esos experimentos u observaciones. —Antes de que pueda responder, dice—: Tengo una propuesta de la que me gustaría hablarte.

Noto una opresión en el pecho.

—No pienso ir a Oak Ridge High. —La voz me tiembla mientras lo digo.

Arturo se pone serio. Me preparo. Conozco la rapidez con que Arturo puede pasar de padre a abogado. La cara del Arturo padre no se me muestra con tanta frecuencia como se le muestra a mi hermana Yolanda. Yo recibo más la cara del Arturo abogado: los ojos quietos, clavados en mi cara, el volumen de la voz modulado, bajo control. Se convierte en una persona que perderá la calma solo si así lo decide.

—He aquí lo que me gustaría proponerte. —Espero que haga una pausa porque está hablando más deprisa de lo normal. Pero sigue hablando tan deprisa como le habla a Yolanda—. Quiero que este verano trabajes en el bufete de abogados.

Le miro petrificado. Tardo un rato en encontrar palabras, las que sean. Cuando lo hago, digo:

—Tengo un trabajo en Paterson para este verano.

—Ayudarás en la sala de mensajería. —No me oye o decide no oír lo que digo.

—Ya tengo un trabajo —repito.

—Siéntate, por favor. —Señala la silla. Me siento.

Se inclina en su silla hasta que nuestras rodillas casi se tocan. Baja la voz. Ahora es un padre.

—Hijo, quiero que tengas un trabajo donde interactúes con gente, donde tengas que resolver por ti solo cosas nuevas. ¿Qué haces en Paterson que te enseñe cosas que ya no sepas?

—Aprenderé a adiestrar ponis.

—Pero estás en una etapa de tu vida en que necesitas trabajar con gente.

—¿Por qué?

—Porque es una experiencia que en realidad no has tenido. En Paterson estás en un entorno protegido. Los chicos que van allí no son... normales. La mayoría de ellos serán como son ahora el resto de su vida. Tú, en cambio, tienes la capacidad de crecer y adaptarte. Hasta tu doctor Malone lo cree así. Lleva diciéndolo desde la primera vez que lo vimos. En realidad no era necesario que fueras a Paterson todos estos años. En realidad tú no perteneces a ese lugar. Sé que tú también lo sabes. No tienes ningún problema. Simplemente te mueves a una velocidad diferente de otros chicos de tu edad. Pero para que crezcas y no te estanques necesitas estar en un entorno normal. Ha llegado el momento. Te propongo lo siguiente: si trabajas en el bufete este verano, al final del mismo tú decidirás si quieres pasar tu último año en Paterson o en Oak Ridge High.

Hace una pausa. Sabe que necesito tiempo para asimilarlo. Un verano en el bufete a cambio de un año entero en Paterson. Me perderé los primeros meses de Fritzzy, pero podré adiestrarlo el curso que viene. Arturo interrumpe mis pensamientos.

—Solo una cosa. —Le veo levantar la copa y llevársela a los labios. Esta vez sus palabras salen muy lentamente—. Podrás hacer lo que quieras en otoño... —Espera a que mis ojos se posen en los suyos para continuar—. Pero este verano debes seguir todas las reglas del... mundo real.

—El mundo real —digo en voz alta. Es una de las expresiones favoritas de Arturo.

—Exacto, el mundo real.

Pese a lo vago y amplio del término, intuyo lo que significa y las dificultades que entraña. Seguir las reglas del mundo real significa, por ejemplo, entablar conversaciones con otras personas. Significa abstenerme de hablar de mi interés especial. Significa mirar a la gente a los ojos y estrechar manos. Significa «improvisar», como decimos en Paterson, es decir, hacer cosas que no han sido programadas con antelación. Puede significar entrar en lugares que no conozco, calles de la ciudad llenas de ruido y caos. Aunque intento aparentar tranquilidad, una oleada de pánico me inunda cuando me imagino caminando solo por las calles de Boston.

Arturo sonrío como si supiera lo que pasa por mi cabeza.

—No te preocupes —dice para tranquilizarme—, empezaremos despacio. El mundo real no va a hacerte daño.

Hay una pregunta flotando dentro de mí pero todavía no consigo encontrar las palabras. Abro y cierro los puños mientras espero que la pregunta se formule por sí sola. Finalmente llega. Le digo a Arturo:

—Al final del verano, ¿decidirá Marcelo, decidiré yo, dónde quiero pasar mi último año... ocurra lo que ocurra?

—¿Ocurra lo que ocurra? No te entiendo.

—Dijiste que si sigo las reglas del mundo real este verano, yo

decidiré adónde iré el curso que viene. ¿Quién decidirá si he seguido o no las reglas? Yo no conozco todas las reglas del mundo real. Son incontables, por lo que he podido observar.

—Eeh. —Ahora es el Arturo padre el que habla—. Veamos. El mundo empresarial tiene sus reglas. El bufete tiene sus reglas. La sala de mensajería tiene sus reglas. El sistema jurídico tiene sus reglas. El conjunto del mundo real tiene sus reglas. Las reglas tienen que ver con las conductas y la forma de hacer las cosas para tener éxito. Tener éxito significa completar la tarea que nos han asignado o que nos hemos asignado nosotros mismos. Tendrás que adaptarte en la medida de lo posible al entorno gobernado por esas reglas. En Paterson el entorno se adapta a ti. Si necesitas más tiempo para terminar un examen, te lo dan. En la sala de mensajería los paquetes tienen un margen de tiempo limitado para salir. En cuanto a quién determinará qué, me parece a mí que para que este ejercicio tenga algún sentido, debería haber algo en juego. Si te limitas a acudir cada día al bufete pero no te esfuerzas, no tendrás la capacidad para decidir dónde pasarás el próximo curso porque no habrás seguido las reglas del mundo real. Me parece a mí que cuando termine el verano, los dos sabremos con absoluta certeza si tuviste éxito o no. No obstante, si por alguna razón discrepamos, me parece que debería ser yo quien tome la decisión final. Yo soy el padre y tú eres el hijo. Yo seré tu jefe y tú serás el empleado. ¿Entiendes lo que digo?

Asiento con la cabeza. Yo nunca miento. Pero esta vez sí. Hay algo de lo que acaba de decir Arturo que no entiendo.

Arturo aguarda para ver si hay más preguntas. Sabe que necesito tiempo para procesar la información. Tengo una última pregunta.

—¿Cómo conseguirá Marcelo tener éxito en la sala de mensajería? —Me gustaría tener un diagrama o imagen de lo que eso representa para poder ir preparándome.

—Cada tarea que te sea asignada llevará consigo una defini-

ción de éxito. Tendrás derecho a solicitar instrucciones de cualquier persona del bufete que te asigne una tarea. El éxito se basará en tu capacidad para seguir esas instrucciones. Sé que todo esto suena muy vago y que querrías que fuera un poco más preciso. Has de confiar en mí. No se te pedirá que realices tareas que estén por encima de tus capacidades. ¿Confías en mí? Siempre he sido justo, ¿no es cierto?

Esta vez ignoro con qué sentido se utiliza la palabra «confiar». Pero comprendo lo de «justo».

—Sí —digo. Es cierto. Arturo siempre ha sido justo.

—Bien —dice—. Seré franco contigo. Tengo la esperanza de que después del verano elijas ir a Oak Ridge High. Hay una vida ahí fuera saludable y normal de la que necesitas formar parte. Entonces, ¿trato hecho?

—Hay algunas cosas que no puedo hacer aunque quiera —digo.

—¿Como qué?

—Son tantas las cosas con las que aún tengo dificultad... No puedo entrar solo en un lugar desconocido sin un plano. Me aturdo cuando se me pide hacer más de una cosa a la vez. La gente dice palabras que no entiendo o sus expresiones faciales me resultan incomprensibles. Esperan de mí respuestas que no puedo dar.

—Tal vez el hecho de que no puedas hacer esas cosas se deba no a que no seas capaz, sino a que no has estado en un entorno que te empuje a hacerlas. Jasmine, la chica que controla la sala de mensajería, te enseñará cómo funciona. Ya le he hablado de ti. Al principio irá despacio contigo. Pero ir despacio no significa que no vayas a necesitar sobrepasar tu zona de comodidad.

Estoy pensando que el próximo otoño podré trabajar a tiempo completo en Paterson entrenando a Fritz y los demás ponis. Este verano podré ir a ver los ponis los fines de semana. Arturo me está pidiendo, básicamente, que finja ser normal, según su definición, durante tres meses. Se trata de una tarea im-

posible, en mi opinión, sobre todo porque me cuesta mucho sentir que no soy normal. ¿Por qué no pueden los demás pensar y ver el mundo como lo veo yo? Pero después de los tres meses todo eso habrá terminado y podré ser yo mismo.

—Piénsalo. Comunícame tu decisión mañana a primera hora.

—De acuerdo —digo—. Lo pensaré. —Echo a andar hacia mi cabaña. Namu, que ha permanecido tumbado a mis pies todo el rato, camina a mi lado.

—Te estás haciendo mayor para vivir en lo alto de un árbol —dice Arturo mientras me alejo.

Hago como si no le oyera.



La cabaña en el árbol fue idea de Yolanda. Cuando yo tenía diez años, estábamos en el sótano viendo una película titulada *La familia de los robinsones suizos*, y se le ocurrió que yo debería tener una cabaña en un árbol. Pensaba que sería bueno para mí tener un lugar propio donde poder hacer frente al miedo de dormir en un lugar que no fuera mi cuarto. Una cabaña en un árbol me permitiría ser más autosuficiente, según Yolanda.

Yolanda enseguida puso manos a la obra. Encontró un sitio web dedicado a cabañas construidas en árboles y bajó los planos de una de ellas. Al día siguiente llevó los planos al instituto y convenció a su profesor de manualidades para que hiciera de la construcción de la cabaña en el árbol un proyecto de clase.

La construcción fue fácil. La clase de Yolanda incluso armó una caseta para Namu debajo de la cabaña. Lo difícil fue persuadir a Arturo para que nos dejara hacerlo. Pensaba que la cabaña en el árbol me volvería aún más solitario. Hizo falta insistir mucho, pero finalmente Aurora y Yolanda lograron convencerlo. Todavía ignoro cómo. Arturo puso como única condición que la instalación eléctrica la hiciera un electricista profesional.

A la cabaña se accede por una trampilla en el suelo. Para entrar hay que subir una escalerilla de cuerda de diez peldaños, abrir la trampilla y auparse empleando la fuerza de los brazos. Subo y me tumbo en la cama. Mis puños se abren y cierran como hacen cuando estoy enfadado. No sé qué hacer. Estoy

demasiado inquieto para permanecer tumbado. Me levanto y me siento en la silla del escritorio. Sobre el escritorio tengo un equipo de música, unos auriculares y un ordenador portátil. Me pongo de pie y abro las dos ventanas. Vuelvo a sentarme y estoy a punto de coger los auriculares cuando oigo la voz de Aurora.

—Abre, que me caigo.

Abro la trampilla y la veo sujetándose por los pelos. Una de sus manos sostiene una bolsa de plástico con un bocadillo y la otra se aferra a la cuerda. Cojo la bolsa de plástico y le ayudo a subir.

—¡Uf! —suspira una vez arriba—. Se lo pones crudo a la gente para venir a verte.

Caigo en la cuenta de que Aurora solo ha estado en la cabaña una vez, aparte de esta. La tarde que Abba murió y subió a contármelo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No.

—Tu padre me ha dicho que ha hablado contigo sobre lo de trabajar en el bufete este verano.

—Ya sabías que iba a hablarme de eso. Por eso le preguntaste a Harry si podías hablar con él unos minutos. Querías decirle que Marcelo no trabajaría en Paterson este verano.

Baja la mirada y la sube de nuevo.

—Era importante que tu padre fuera el primero en decírtelo. Lleva tiempo queriendo hacerlo. Le dije a Harry que mañana le llamaríamos. La decisión sigue siendo tuya. Tu padre me ha dicho que te dio a elegir.

—Lo que quiero es trabajar en Paterson.

—¿Entiendes, por eso, su punto de vista?

—Entiendo su punto de vista. Pero se equivoca.

—Dime por qué crees que quiere que trabajes en el bufete.

—Porque es el mundo real.

Aurora ríe.

—Cada vez se te da mejor poner caras.

—No pretendía hacerte reír.

—Tu padre quiere que pruebes ese trabajo.

—Enviar cartas en la sala de mensajería.

—No es solo eso. Quiere que vivas la experiencia de ir a trabajar, de caminar solo desde la estación de tren hasta el bufete y relacionarte con gente... corriente. He conocido a Jasmine, la chica con la que trabajarías en la sala de mensajería. Solo te lleva dos años. Te gustará.

—La gente que monta en poni en Paterson es gente corriente. Harry es un hombre sumamente corriente.

Aurora se levanta del suelo, donde se había sentado, y camina hasta la silla del escritorio. Cuando vuelve a sentarse, dice:

—¿Recuerdas la primera vez que te llevé conmigo al hospital? ¿Tenías nueve, diez años?

—Marcelo tenía ocho años la primera vez.

—¿Solo? Fui a ver a Carmen. ¿Te acuerdas de Carmen? Fui un sábado pese a tener el día libre porque sabía que estaba delicada. Te llevé conmigo y te dejé en la sala de juegos. Cuando regresé, estabas construyendo un castillo de Lego con otros dos niños. No les hablabas. De hecho, ni siquiera estabas jugando con ellos. Los tres construís el castillo en silencio, codo con codo. Después de eso hiciste lo posible para que te llevara conmigo al trabajo. Te sentías cómodo con esos niños.

—Carmen, Joseph, todos murieron.

—Sí. Pensaba que te hacía bien estar con los niños. Y a ellos también. Les gustabas aunque apenas les hablaras. El simple hecho de que estuvieras con ellos los calmaba.

—Marcelo les escuchaba. —Por la razón que sea, con Aurora paso a la tercera persona.

—En aquellos tiempos siempre me pedías que te llevara conmigo. Pensaba que era estupendo para ti y para los niños. Pero ahora tengo mis dudas.

—Dudas.